

LA BARBARIE QUE NO VIMOS EN COLOMBIA (REVISTA SEMANA)

El salvajismo que acompañó la expansión de los paramilitares no ha podido ser completamente conocido ni explicado. Un equipo de periodistas de SEMANA consultó sociólogos, politólogos y siquiátras para tratar de interpretar ese capítulo negro de la historia de Colombia. Las conclusiones son aterradoras



INFORME ESPECIAL *Fecha: 12/08/2007*

El oficio de matar El 'Iguano' y 'Steven' fueron dos mandos medios de los paramilitares. El uno ha confesado 2.000 asesinatos y el otro decenas de atroces descuartizamientos. Este es un viaje al corazón de dos asesinos a los que la guerra les dio una razón para matar, la sociedad les permitió seguir y sus instintos les impidieron detenerse.



Jorge Iván Laverde alias 'el Iguano' el jefe paramilitar que confesó haber matado 2.000 personas

Cuando estaba en el colegio, Jorge Iván Laverde, pensaba que algún día sería músico. Le gustaba tocar guitarra, cantar y animar las fiestas de la vereda. Ahora tiene 31 años, olvidó todos los acordes y confiesa que ha matado a cerca de 2.000 personas. Es el 'Iguano' o 'Pedro Fronteras', un paramilitar temido y odiado en Norte de Santander. Sentado en un patio de la cárcel de Cúcuta, nos cuenta su vida. Sus ojos oscuros e imperturbables son el único rasgo de su cara que refleja frialdad. Sonríe con facilidad, aún cuando habla de la muerte y la destrucción. Un leve temblor de manos delata que tiene miedo de contar todo lo que pasó.

Hace dos décadas jamás hubiera imaginado que este sería el desenlace de su vida. El 'Iguano' nació en una vereda de Turbo, en la región bananera de Antioquia, en un hogar tradicional, de campesinos medios, en medio de 15 hermanos. Como

había sido educado bajo normas y valores católicos estrictos, desde joven era muy disciplinado y responsable. Así llegó a terminar con éxito todo su bachillerato.

Mientras vivió en el campo, no conoció más estado que el de la guerrilla del EPL. "En donde yo nací nunca vimos un soldado", dice. Su familia solía estar inconforme con las imposiciones de los insurgentes. "Nunca los vimos como los Robin Hood que decían ser". Aun así, los soportaron estoicamente durante largos años. Hasta que los guerrilleros los obligaron a abandonar la tierra y luego mataron a uno de sus hermanos. La familia tuvo que irse para Turbo y empezar una nueva vida. Por necesidad, el 'Iguano' se convirtió en ayudante de camión y luego en conductor. En los caminos de Urabá empezó a escuchar con interés la noticia de que habían llegado a la región los hermanos Fidel y Carlos Castaño Gil. "Se decía que venían grupos de campesinos que se habían rebelado contra la guerrilla". De inmediato se sintió identificado con ellos.



José David Velandia alias 'Steven' comandante paramilitar que confesó haber matado 250 personas

Muy pronto se involucró con las autodefensas. Como camionero resultaba muy útil, primero transportando víveres, y después a las tropas que salían a hacer sus recorridos de muerte. "¿Por qué no? La gente de bien quería a las autodefensas. Decían que con ellas vendría el progreso".

La guerra es una opción elegida por las personas cuando las oportunidades de ganar son altas, dice el investigador Mauricio Romero. "Los individuos buscan en la guerra seguridad, riqueza y reconocimiento. Si a eso se le suman aliados poderosos y un Estado fragmentado que no ejerce la coerción, entonces tenemos un panorama como el que hemos vivido con los paramilitares".

Esta parece ser, por lo menos en parte, una explicación para el camino que eligió el 'Iguano'. Empresarios y gobierno local, militares, jueces, comerciantes y hasta sectores de la Iglesia justificaban o apoyaban a los paramilitares. "Hay que reconocerlo, no hubiese sido por la complicidad del Estado, las AUC no hubiesen surgido en el país".

'Steven'

Por esa época, mediados de los años 90, la vida empezaba a cambiarle a José David Velandia alias 'Steven'. Este hombre de 35 años, de cuerpo macizo y piel morena, pasa sus horas en la cárcel La Picota recontando en su cabeza cada uno de sus crímenes. Mira con desconfianza a todos quienes le rodean y habla apenas lo necesario. Aun así ha confesado la muerte de más de 250 personas, muchos de ellos lanzados al río, descuartizados o enterrados en fosas.

A pesar de que creció peleando contra la pobreza y la adversidad, en La Dorada, un cálido municipio de Caldas, enclavado en la Magdalena Medio, donde los

paramilitares ya eran amos y señores. En su juventud parecía inclinarse más por la ley y el orden que por el crimen. Desde los 10 años le tocó trabajar para ayudarle a su abuela con el sostenimiento de la casa, ya que sus padres se habían separado. En el colegio se destacó como futbolista en las selecciones de La Dorada y Caldas, y por sus méritos deportivos pudo terminar su bachillerato con una beca. Al terminar sus estudios decidió ingresar a la Policía como suboficial. Le gustaba el régimen austero de la Fuerza Pública y la estabilidad que la institución le brindaba.

Con el tiempo, sintió que ganaba muy poco dinero y en 1996 se retiró para probar suerte como comerciante. Pero fracasó. De repente se vio solo -pues su abuela, que era toda su familia, había muerto- sin dinero, vagando por las calles de La Dorada. En 1997 se animó a trabajar en una campaña política en la que prometieron un empleo que nunca le cumplieron. Trabajó como celador por cortas temporadas hasta que dos años después se encontró casualmente a un viejo compañero del colegio que le hizo la propuesta que le daría un giro a su vida: vincularse a las autodefensas de Ramón Isaza.

De pistoleros a comandantes

Al igual que 'Steven', el 'Iguano' no había empuñado un arma, hasta el día que ingresó a la escuela de combatientes de las AUC. Allí 'Doblecero' le dio la primera instrucción militar. Empezaron a gustarle los fusiles. No puede decirse que fuera exactamente el odio o la venganza el sentimiento que ardía dentro de su cuerpo. Era más bien el deseo de "ser alguien importante". Soñaba con ser un comandante paramilitar. Al fin y al cabo, este no era un oficio para esconder sino para exhibir, que daba prestigio y poder. Algo muy atractivo para un muchacho de 17 años.

Su obsesión era ascender dentro de la organización y, sobre todo, agradarle a su comandante Carlos Castaño. Lo logró de manera rápida y eficaz. "La primera vez que maté a alguien tuve miedo porque fue en un combate contra las Farc... después se volvió rutina". Combatir a la guerrilla o matar civiles, le era indiferente porque a sus víctimas siempre eran revestidas, en el imaginario, con el ropaje de la insurgencia. Sindicalistas, líderes sociales, personas con convicciones comunistas, taxistas, comerciantes, y todo aquel que pensara diferente o se alejara del proyecto de las autodefensas fueron blanco de sus balas. "La guerrilla no manda a hacer inteligencia a guerrilleros con brazaletes. Los infiltra como vendedores o trabajadores", dice.

Con la misma lógica, 'Steven' había empezado su escalada mortal en La Dorada. Nunca olvida al primero de sus muertos: "era una noche del año 2000. Portaba una pistola Pietro-Beretta 7.65. El rolo manejaba la moto y yo iba de parrillero. La orden era matar a un jíbaro. A mí me señalaron al muchacho diciéndome que era ese negrito mechudito de ahí... Le pegué nueve tiros".

'Steven' no se preguntaba dos veces sobre si disparar o no. En La Dorada salía a matar gente día de por medio. Casi siempre operaciones de la mal llamada limpieza social. Dice que matar se le volvió una adicción. "Si uno se acostumbra a matar a una persona día de por medio, llega el día que no lo puede hacer y siente un desespero como al que le falta la droga. ¡El desespero! ¡El desespero!".

Tanto el 'Iguano' como 'Steven' justifican sus acciones con un dudoso altruismo. El primero intenta mantenerse en una lógica de contrainsurgencia, el segundo enarbola un concepto del orden que lleva a aniquilar todo aquel que según su lógica "se porte mal". "Durante la guerra se suspende el tabú de matar", dice el profesor de la Universidad de los Andes, Iván Orozco. Y ese "permiso" para matar se basa en ver al supuesto enemigo como alguien que no merece vivir.

Pero lo peor estaba por venir. A medida que las instituciones les permitieron seguir adelante, y la sociedad aceptaba en silencio sus crímenes, las talanqueras morales que les quedaban a ambos se rompieron definitivamente. Y lo que vendría sería escalofriante.

Escenas delirantes

"Salí con buena fama de Urabá", dice el 'Iguano'. En 1997 fue enviado al Chocó, donde por primera vez actuó como tercer comandante de un frente. Poco después, gracias a su "buen desempeño" fue trasladado a Norte de Santander como jefe del frente de la frontera. Y es allí donde produjo una verdadera carnicería. "Cada noche entrábamos a los barrios y había dos o tres acciones contra el ELN". Lo que el 'Iguano' llama ELN eran muchachos de barrio, gente civil y desarmada. Es el caso de Venancio Contreras, un humilde trabajador que, armándose de valor, denunció la presencia de los paramilitares ante un batallón del Ejército. El 'Iguano' lo hizo sacar del bus en que viajaba y después de verificar que tenía en el celular el nombre y número del comandante del batallón, le pegó cuatro tiros en el pecho.

"Yo le pedía a Dios que no me dejara cometer errores. De hecho yo pensaba muy bien antes de tomar una acción". El 'Iguano' es un hombre estricto, cuyo mayor esfuerzo era cumplir con su deber. Según dice, le gusta hacer las cosas bien. Por eso ordenó más de 2.000 asesinatos. Su obra incluye cerca de 20 fosas, 15 personas muertas tiradas al río Pamplona, 27 masacres y el asesinato de importantes líderes como el candidato a la gobernación Tirso Vélez, el defensor del Pueblo Iván Villamizar, y el ex alcalde de Cúcuta, Pauselino Camargo. También el haber matado a varios enemigos del alcalde de la ciudad, Ramiro Suárez. Aun así dice: "aquí no se puede decir que vinimos a sembrar terror o que matamos a gente inocente". Niega radicalmente que se hayan cometido descuartizamientos o torturas. Pero las denuncias de las víctimas lo contradicen. ¿Por qué cometieron tantas masacres? "Todo esto se explica con una palabra: guerra. Si no actuábamos, iban a actuar contra nosotros, nos iban a atacar".

Para muchos expertos en la guerra, la sevicia nace del miedo. "Con frecuencia, los victimarios sienten que se defienden de otro que representa un peligro. Es el argumento de la guerra justa", dice el antropólogo Alejandro Castillejo. Ese miedo, convertido en pánico y luego en ejercicio del terror, los protege contra la culpa y la expiación. Por eso el 'Iguano' tiene una mirada indulgente de sí mismo: "Nunca abusé del poder. Nunca hice daño". Y se alienta diciendo "si hubiera sido cruel no vendrían todavía a visitarme los arroceros y los camioneros, toda la gente buena de la región".

Con menos influencia que el 'Iguano' pero usando peores métodos, 'Steven' se convirtió en comandante de una parte de Caldas y Tolima. Aunque nunca fue el primero, pues estaba bajo órdenes de otros, sí era el más temido por su frialdad. Ahora, no tiene pudor en contar cómo se iniciaron los descuartizamientos en su región: "Uno es un instrumento de la guerra. Tiene que actuar como le toque y donde le toque. Yo descuarticé a varias personas vivas... Uno cogía de un lado, el otro del otro, y partíamos aquí y partíamos allá y después botábamos los pedazos a la fosa o al río".

Estos descuartizamientos solían hacerse para que los miembros del grupo tuvieran agallas. Quien no era capaz de cumplir la orden, se le obligaba. "Yo ponía a uno de esos muchachos que andaban con nosotros, de los que creían que ser paramilitar era andar bien vestido, oliendo a bueno, con una pistola y montándosela a todo el mundo".

Los relatos de 'Steven' son estremecedores. La manera como mataron a centenares

de personas no tenía nada que ver con matar simplemente. Humillaban primero a sus víctimas. A un homosexual lo torturó durante horas con un palo de escoba en el ano, antes de matarlo. "La persona se traía vendada, amarrada de pies y manos, se le quitaba la venda y lo primero que veía era al pelao con el machete. Por lo general se empieza por la cabeza porque la persona muere cuando le cortan la yugular. Hace gárgaras... sentía la necesidad de terminar ligero porque era incómodo ver a una persona con el suspiro de uff, uff, uff".

Si la ciencia política explica la guerra como una elección de acuerdo con las oportunidades que esta le ofrezca a una persona, la psicología parte de la base de que se requiere una personalidad autoritaria para llegar a matar. Según Neil J. Kressel, en su libro *Mass Hate* (Odio colectivo), los crímenes pueden ser fruto de la obediencia o de la iniciativa. El 'Iguano' es un ejemplo de un criminal con iniciativa, mientras que 'Steven' explica todos sus crímenes por la obediencia a sus jefes. Jamás tuvo la menor duda al ejecutar una orden. Y nunca dejó de cumplir ninguna. Tenía muy clara su ley: "si mi Dios perdonó al que lo azotó, lo torturó, lo crucificó, ¿por qué no me va a perdonar a mí que soy un pobre mortal?"

Sin retorno

El 'Iguano' se ve tranquilo. En la cárcel tiene un séquito de presos y guardias a su servicio. Dice tener el sosiego que no tenía tres años atrás cuando cada noche salía a matar. "No había tiempo para dormir, y si lo hacía, lloraba, tenía sueños. Veía que esta guerra, entre más días pasaban, en lugar de acabarse, se acrecentaba más. Pensé en retirarme pero entonces esto hubiera quedado a medias. Hoy en día me siento satisfecho de lo que sucedió. Pero no se puede desconocer que fue una guerra terrible". Matar era su oficio. Y no hubo quien lo parara. En dos ocasiones se escapó de la cárcel. En ambas, con complicidad de funcionarios del Inpec y de la Fiscalía. "¿Cuándo crucé la frontera de la crueldad? Cuando vi que la guerrilla iba a ser derrotada pero no exterminada. Siempre habrá población y siempre iban a surgir de ella nuevos guerrilleros. Era más peligroso parar que seguir".

'Steven', por su parte, se queja constantemente de las condiciones de la cárcel en la que está. "Al lado de guerrilleros, ladrones, y toda clase de gente", replica. Cuando se le pregunta cuál es el valor más importante para él, responde: "La vida". ¿Cómo, si le quitó la vida a tanta gente? "Ese era mi trabajo", dice. Pero aclara que es su propia vida la que más valora. Y todo estaba permitido si se trataba de defenderse. "Si a mí la guerrilla me mataba dos, entonces yo tiraba a matar tres de ellos... Son formas místicas de la guerra", dice.

Desde la cárcel de Cúcuta, el 'Iguano' piensa en su familia. "Cuando hablé por primera vez en versión libre mi mamá me llamó y me preguntó: Mijo, ¿usted qué fue lo que hizo?". Él le devuelve la culpa a la sociedad y al Estado. "Quieren saber que somos criminales pero no el camino que nos llevó a tomar estas decisiones. ¡Qué bonito hubiera sido haber nacido en un país sin guerrilla, donde el Estado hubiera cumplido sus obligaciones. Yo le hubiera aportado la música. Lo contrario de la guerra!". En lo recóndito de su espíritu no reconoce sus errores. Más que una expiación, su versión libre es apenas parte de un acuerdo oportunista al que le saca el máximo provecho. "Estoy convencido de que diciendo la verdad todo queda en el pasado".

'Steven' en cambio no logra salir de su propio mundo. A esta hora sólo le preocupa salvar su vida. "¿Usted cree que los familiares de los muertos y los desaparecidos me van a perdonar porque yo les pida que me perdonen?", se pregunta. Y a renglón seguido dice que está en "peligro inminente". Teme por retaliaciones que puedan tomar los dolientes del caso más atroz que mandó a ejecutar: el descuartizamiento de nueve cazadores de El Líbano, Tolima, en 2004, varios de los

cuales eran menores de edad, y una mujer que iba en el grupo que fue violada antes de morir. 'Steven' asegura que el trabajo lo iniciaron los militares que los capturaron en un retén y se los entregaron a las autodefensas asegurándoles que eran guerrilleros. El resto fue obra del odio. Que se hable de esto en público lo perturba profundamente. Tiene un hijo de 8 años que lo vio por la televisión cuando rendía versión libre y se puso a llorar. "Me tocó llamarlo y calmarlo, decirle papito, no soy un monstruo... Es que es un golpe muy duro para un niño de 8 años ver al papá como un Frankenstein".

Sin justificación

Al final de su libro *Eichmann en Jerusalén*, la escritora Hannah Arendt -quien fue testigo del juicio contra el criminal de guerra Adolf Eichmann, que terminó con la condena a muerte del bucrócarata nazi-, escribe su propia conclusión sobre por qué, ante la justicia, aun en tiempos de guerra, los crímenes siguen siendo una decisión individual, sin atenuantes morales: "...poco importan las accidentales circunstancias interiores o exteriores que te impulsaron a lo largo del camino a cuyo término te convertirías en un criminal, por cuanto media un abismo entre la realidad de lo que tú hiciste y la potencialidad de lo que otros hubiesen podido hacer (...) Has contado tu historia con palabras indicativas de que fuiste víctima de la mala suerte y nosotros, conocedores de las circunstancias en que te hallaste, estamos dispuestos a reconocer, hasta cierto punto, que si éstas te hubieran sido más favorables muy difícilmente habrías llegado a sentarte ante nosotros o ante cualquier otro tribunal de lo penal. Si aceptamos, a efectos dialécticos, que tan sólo a la mala suerte se debió que llegaras a ser voluntario instrumento de una organización de asesinato masivo, todavía queda el hecho de haber, tú, cumplimentado y, en consecuencia, apoyado activamente, una política de asesinato masivo (...) Esta es la razón, la única razón, por la que has de ser ahorcado".

SEVICIA

Viaje a las tinieblas

Nadie imagina todavía la magnitud de los crímenes atroces que cometieron los grupos paramilitares. Los descuartizamientos de personas vivas fueron numerosos. ¿Por qué se llegó a tanta inhumanidad?

Fecha: 12/08/2007 -1336



Cien personas resultaron muertas en la masacre de Machuca, Antioquia (1998), perpetrada por la guerrilla del ELN

Hombres crucificados a los que les taladran los huesos, personas que son quemadas vivas en piras hechas con llantas de carros, cepos rodeados de hormigas devoradoras que pueden matar lentamente a un ser humano, gente que es cortada literalmente en pedazos, antes de morir. Parecen cuentos de espanto, pero no lo son. Se trata de confesiones de paramilitares que están hablando ante los fiscales de Justicia y Paz, o de historias que relatan a viva voz las víctimas.

La magnitud de lo que se vivió en las dos décadas pasadas, y que quizá aún está ocurriendo, rebasa todo lo imaginado sobre la servicia y el horror. Incluso, supera en gran escala las atrocidades vividas durante la Violencia de los años 50, período que aún es un trauma sin completa superación. En el peor momento de esa violencia, el país llegó a tener 36 homicidios por cada 100.000 habitantes. Hace menos de una década, en pleno auge paramilitar, la tasa llegó a ser de 63. Como a los bandoleros de aquella época, a los paramilitares no les bastaba con matar. Querían marcar su territorio con sangre, y dejar una huella que se recordara por siempre en las poblaciones que atacaron.

¿Puede la ideología contrainsurgente explicar tanta servicia? ¿Qué motivó tantos excesos? ¿Por qué necesitaban matar y contramatar?

Recuadros ▶

- Pueblos arrasados
- Desarmando cuerpos
- Carnadas humanas
- Cementerios de agua y piedra
- Crímenes invisibles
- Rituales de sangre



En junio de 2004 los paramilitares masacraron 34 personas en La Gabarra, Norte de Santander



Los paramilitares también involucraron animales en sus atrocidades



Algunos cuerpos lanzados a los ríos fueron recuperados cuando flotaban



Día a día, los investigadores de la Fiscalía constatan el horror vivido en Putumayo

Quienes actúan en la guerra siempre están movidos por una mezcla de razones, intereses y sentimientos. Razones que con frecuencia son discursos ideológicos que justifican sus actos, intereses económicos o políticos, y emociones que desatan el instinto destructivo que anida en los humanos.

Los analistas coinciden en que las masacres, por ejemplo, son típicas de las guerras civiles, y su razón de ser es la conquista de un territorio, a través de la expulsión de su población. La masacre se hace para matar, pero también para despojar. En Colombia todos los grupos armados han masacrado a civiles. Las Farc lo han hecho cuando se disputan un territorio a muerte con los paramilitares. Ejemplos de ello fueron la matanza de la Chinita (1994), en Urabá, donde murieron 35 personas; la de La Gabarra (2003), en Norte de Santander, donde fueron asesinados 32 recolectores de hoja de coca, y la de San Francisco (2004), Arauca, donde además de 14 adultos, les dieron muerte a cuatro niños.

Pero quienes hicieron de las matanzas una práctica sistemática fueron las autodefensas. La expansión paramilitar a finales de los años 90 tuvo su pico más alto entre 1999 y el año 2000, justo cuando el país se embarcaba en un proceso de paz con las Farc en el Caguán. En este período las autodefensas cometieron una masacre cada dos días. Más de 200 en un año. La estigmatización que había sobre pueblos enteros como bases de la guerrilla, hizo que fueran indiscriminadas y más atroces. En las peores solía haber una carga de venganza y castigo. Una de las más recordadas será por siempre la ocurrida en Segovia, Antioquia, donde los hombres de Fidel Castaño -fundador de los grupos paramilitares- entraron a la plaza del pueblo y dispararon contra todos quienes se encontraron. La razón, según se dijo, era que las Farc le habían robado ganado al jefe paramilitar.

Con frecuencia muchos señores de la guerra castigan a la población por los actos atroces que cometen los guerrilleros. Así también se ha explicado la sevicia que usó

el paramilitar Rodrigo Peluffo, 'Cadena' en Sucre. En las masacres de Chengue, Salado, Macayepo y Pichilín se usó el garrote para matar. 'Cadena' era un hombre conocido en toda la región, había sido víctima de la guerrilla, empezó como informante de las Fuerzas Armadas, hasta que se puso al servicio de terratenientes de la Costa que, asolados por el secuestro y la extorsión, decidieron aplicar la infame consigna de 'quitarle el agua al pez'. La crueldad de 'Cadena' no tuvo límites con sus propios vecinos y conocidos.

Pero si las masacres se explican por la disputa de territorio, ¿qué lógica tienen la tortura, la violación y el descuartizamiento? Psicólogos y antropólogos creen que la sevicia nace del odio. A pesar de que muchas personas no creen que en la guerra colombiana el odio sea una motivación para matar, lo que cada día encuentran los fiscales de Justicia y Paz demuestra lo contrario. Si bien no es un odio étnico, o religioso, sí es un sentimiento que mueve a la crueldad y que convierte a la víctima en menos que una presa de caza.

Las personas que fueron blanco del odio paramilitar (y que siguen siéndolo de grupos emergentes y de la guerrilla) fueron opositores políticos; imaginarios o reales colaboradores de la guerrilla; personas que a los ojos del sistema autoritario paramilitar no merecían vivir: el ladrón, el drogadicto, el homosexual. Y con mucha frecuencia, los peores episodios de violencia se cometieron contra hombres de sus propias tropas que habían traicionado al grupo o a sus jefes de alguna manera. A esos, se les infligían los peores castigos. Quizá porque, como dice el historiador canadiense Michael Ignatieff, "no hay guerra más salvaje que la civil, ni crimen más violento que el fratricidio, ni odio más implacable que el de los parientes cercanos".

El caldo de cultivo de ese odio era también la disputa de territorios. En la medida en que uno de los grupos armados no tenía el control completo de una zona, temía ser atacado. "Eso genera una profunda inseguridad y se convierte en un miedo que en condiciones de guerra puede alcanzar dimensiones de pánico y transformarse en odio profundo", dice el profesor de la Universidad de los Andes Iván Orozco. Pero el odio también es un sentimiento alimentado por los prejuicios y que en ocasiones se legitima desde las instancias de poder.

Sólo por el odio es posible interpretar prácticas como la tortura, que no siempre se ha usado como un instrumento para obtener información, sino como un fin en sí mismo. Como una manera de degradar la víctima al máximo. Similar análisis se puede hacer con el abuso sexual a las mujeres, que hería no sólo el cuerpo sino la dignidad de ellas y sus familias, al punto que el tema de las violaciones se ha vuelto innombrable en el proceso de Justicia y Paz.

El descuartizamiento de personas vivas, algo que muchos creían episódico, ha resultado ser realmente una práctica común entre los paramilitares. Destrozar los cuerpos, con machete o motosierra, tenía un triple objetivo. Primero, desaparecer a la víctima física y simbólicamente. Segundo, era utilizada con frecuencia como un ritual de iniciación para los combatientes jóvenes. A través de esta práctica macabra se mataba la sensibilidad de los muchachos que ingresaban a las filas paramilitares. Por último, tenía una explicación práctica: el esfuerzo para cavar la fosa es menor si el cuerpo está partido. Basta con un hueco de unos 60 centímetros para depositar allí un ser humano despedazado.

A diferencia de las fosas que van a ras de la tierra, el daño que se ha hecho con la desaparición de los cuerpos de las víctimas es profundo. Sin cuerpo no hay duelo. Y sin duelo se abre una grieta enorme en el alma de las comunidades. Los cadáveres insepultos son un trauma colectivo difícil de superar. La búsqueda de fosas y el conocimiento de la verdad son apenas el principio de la reparación. Pero sólo eso, el principio.

VÍCTIMAS

Un puñado de huesos Fecha: 12/08/2007

Isaura Yela y José Melo recibieron en un pequeño cofre los restos de dos de sus hijos asesinados por los paramilitares y sepultados en una fosa común. Pero aún les falta recuperar otros tres familiares.



Al recibir los ataúdes con los restos de dos de sus hijos, Isaura Yela lloró desconsolada y le suplicó a la Fiscalía que le ayude a encontrar el cuerpo de su otra hija

Desde aquel día en que la desgracia se metió en sus vidas, toda la familia Melo Yela soñó con este funeral. Están reunidos alrededor de dos pequeños ataúdes de madera. Cuatro cirios iluminan la penumbra de la pequeña casa campesina, donde los abuelos, los niños, y los amigos se han congregado para el velorio. Es la noche del 24 de noviembre y decenas de vecinos de la vereda El Águila, en La Dorada (Putumayo), llegan a acompañarlos.

En el centro de la sala están los dos cofres, sobre una mesa pulcramente decorada con un mantel sobre el que cae un velo blanco. En la estrecha sala se va reuniendo una veintena de personas. En el corredor y junto a la ventana, unas 30 más hablan en voz baja, lagrimean y se funden en abrazos con la familia. La atmósfera es triste. Reviven un dolor añejo en esta ceremonia tan anhelada. El silencio es interrumpido por la voz de una mujer entrada en años, que en tono místico dice: "Damos gracias a Dios por habernos permitido encontrar a Dilia Lucía y a José Miguel, y por su descanso eterno ofrecemos este santo rosario...". Y todos empiezan a rezar.

Hace ocho años exactamente, los paramilitares se llevaron de un zarpazo a cinco miembros de los Melo Yela, una humilde y numerosa familia oriunda de Nariño, que había llegado a Putumayo 20 años atrás, a colonizar un pedazo de tierra. El 7 de diciembre de 1999 se reunieron, como siempre, para encender las velitas juntos. Al día siguiente, después de almorzar, nueve de ellos se fueron en una camioneta de estacas por la trocha polvorienta que en media hora de recorrido los llevaría a la cabecera municipal de La Dorada. Iban José Miguel Melo Yela, de 38 años; su hermana María Licenia, de 28, quien iba con sus dos hijas gemelas de 4 años; y Dilia Lucía, que viajaba con su esposo José Delgado y con su hija Paola Andrea. Con ellos estaba también Modesto Salazar, un trabajador amigo de la familia.

Cuando llevaban 10 minutos de recorrido, se encontraron con un grupo paramilitar fuertemente armado, que los obligó a bajar del vehículo. Sin mediar muchas palabras, retuvieron a María Licenia y a José Miguel. No valieron las súplicas ni el llanto. Los paras obligaron al resto a seguir su camino. Cuando llegaron a La Dorada, en medio de la confusión y el miedo, decidieron devolverse para tratar de convencer al grupo armado de que liberara a sus hermanos. Estaban dispuestos a entregar lo que fuera a cambio de sus vidas. No sabían que este grupo de

paramilitares era inmovible y no tenía límites cuando de matar se trataba. La camioneta apareció abandonada horas después. Adentro estaban encerradas y llorando las tres niñas. Los demás habían desaparecido. Nunca más se supo de los tres hermanos Melo Yela, José Delgado y el trabajador.

Poco después, Luis Raúl, el mayor de los hermanos, que sobrevivió porque no había hecho el fatídico viaje, buscó un contacto con los comandantes del Frente Sur del Putumayo, para indagar sobre la suerte de sus familiares desaparecidos. Pero no le dieron ninguna. "Deje de averiguar pendejadas", fue la respuesta que obtuvo. "Nunca denuncié la desaparición de mi familia porque acá no había ni un policía ni nada", dice Luis Raúl. Los Melo Yela tuvieron que llorar en silencio a sus muertos, sin perder la esperanza de saber algún día la verdad sobre lo sucedido.

Este año, cuando Luis Raúl se enteró de que la Fiscalía estaba buscando a los desaparecidos en todo el valle del Guamuez, empezó a recabar información sobre la muerte de sus hermanos, hasta que alguien le dijo que sus cuerpos estaban enterrados en la vereda El Arco.

El 25 de abril, él mismo acompañó a la Fiscalía para que abrieran las fosas y efectivamente encontraron los restos de cuatro de los cinco desaparecidos. La ropa, los objetos y los documentos encontrados han permitido identificarlos a todos. Durante estos siete meses, la Fiscalía verificó con exámenes forenses y pruebas de ADN que por lo menos dos de las osamentas pertenecían a Dilia Lucía y José Miguel. Los otros dos restos exhumados -los de José Delgado y Modesto Salazar- están en un laboratorio de Cali y próximamente serán entregados. Pero de María Licenia no hay cuerpo ni fosa, ni rastro alguno.

El duelo

La llegada de los restos es un alivio para la familia, pero no responde las preguntas de por qué mataron a sus seres queridos. Entre los rostros de los campesinos, adultos y niños, que rodean los ataúdes, hay uno que resplandece.

Es Paola Andrea, una niña de 12 años y facciones finas. Distinto a todos, ella tiene la frescura de quien acaba de darse un baño, luce un vestido de gala, está delicadamente peinada y tiene las uñas brillantes, recién arregladas. Se ha preparado así para velar los restos de su mamá. Casi no se acuerda de ella. Tenía apenas 4 años cuando, desde la camioneta, vio que un grupo de hombres se la llevó. "Ella estaba llorando, sólo me dijo que me quería mucho... Ahora por lo menos voy a poder visitarla en el cementerio", dice. A ella, como a todos en el velorio, le preocupa sobre todo el sufrimiento de su abuela Isaura.

Pálida, inconsolable y agotada, Isaura, de 65 años, no ha querido comer nada a pesar de que cayó desmayada cuando regresó de recibir los restos de sus hijos. Está de pie, replicando con resignación 'Ave Marías'. Aunque han pasado ocho años, todavía le quedan lágrimas para llorar por sus hijos.

La primera vez que lloró por ellos fue el día de la desaparición, cuando una corazonada le dijo que algo no estaba bien. Horas después de que su familia había salido en la camioneta, notó que su esposo y su hijo mayor corrían de un lado para otro, alterados. Preguntó qué pasaba, pero nadie le contó la verdad. La familia, para no agravar su salud, prefirió no contarle nada hasta saber qué había pasado realmente. Cuando se dieron cuenta de que pasaban los días y las semanas sin tener razón de los desaparecidos, decidieron ocultarle la tragedia para siempre. Le dijeron que sus hijos habían tenido un altercado con el resto de la familia y se habían ido para Ecuador a vivir. Que no tenían forma de comunicarse. Que le mandaban saludos.

Isaura lloró desconsolada todos estos años. Pero confiaba que volvería a verlos.

Aguardó su regreso hasta un día que una vecina le reveló la verdad. Entonces lloró sin parar durante noches y días. Paradójicamente, ahora frente a el puñado de huesos que le entregaron de sus hijos, le da gracias a Dios. "Por una parte estoy contenta porque estoy con mis dos hijos aquí, pero por otro lado sigo muy triste porque me falta la otra hija", dice entre sollozos.

El duelo aún no termina. Don José, el silencioso padre de la familia, tampoco encuentra total sosiego velando a sus dos hijos. Lo desvela todavía no saber nada del cuerpo de María Licenia. Si se le pregunta si es capaz de perdonar a quienes destruyeron su familia, dice que prefiere la justicia. Y sobre todo, poder enterrar a sus hijos. Especialmente para que Isaura deje de sufrir, y también por un elemental sentido de la dignidad: "que la gente tenga una tumba decente y no que estén por ahí, tirados en cualquier parte como un perro".